
BOLETÍN DECENAL

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET. 1979

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

HEMOS DE VENCER O HEMOS DE MORIR.	1
LAS MENTIRAS DE MUSSOLINI Y LA VERDAD DE ESPAÑA. . . .	5
LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES Y SU- CEDERÁ SIEMPRE.	7
¿UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA NO INTERVENCIÓN?	9
SOBRE LA ESTUPIDEZ Y LA BARBA- RIE, LA BLASFEMIA.	12
EN LA ZONA PACCIOSA.	15

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

La situación militar

Hemos de vencer o hemos de morir

Las operaciones realizadas en el Este por el Ejército republicano han tenido una amplitud que no esperaba el mando faccioso. Creyó en ofensivas demostrativas, no en ataques a fondo. Al ver que avanzábamos desde Zuera al Sur de Belchite, es decir, que nos lanzábamos sobre un sistema defensivo formidable, fruto de un año de trabajos asiduos e inteligentes de castrametación, dió por fracasada nuestra tentativa. Y hay que convenir en que su optimismo estaba justificado. Sobre todo en el sector Pina-Belchite las líneas de los rebeldes eran de una fortaleza que hacía dificultísima toda empresa de expugnación frontal. En Pina ocupábamos el pueblo, pero había que pasar el Ebro para llegar a la estación. Y desde ella a Belchite se sucedían las alturas atrincheradas y artilladas, las casas de campo convertidas en blocaos, los pueblos transformados en ciudadelas. Quinto y Belchite, especialmente, parecían inexpugnables. El hormigón armado, la briqueta de barro y paja, la viga de hierro, habían sido utilizados profusamente. Largos subterráneos ponían en comunicación los más sólidos edificios. Innumerables nidos de ametralladoras, hábilmente disimulados, impedían toda aproximación peligrosa de una infantería hostil...

Nuestro mando no se dejó intimidar por tantos y tan graves obstáculos. Disponía de brigadas y divisiones aguerridas y maniobreras y las empleó con energía e inteligencia. Su marcha hacia el Oeste cubrió una comarca de casi mil kilómetros cuadrados.

Por la derecha cortó en Zuera el camino y el ferrocarril de Zaragoza a Huesca y amanasó, desde muy cerca, la primera de dichas ciudades. Por su centro pasó el Ebro, ocupó la estación de Pina y la ermita de Bonastre y llegó a Mediana. Por su izquierda envolvió Quinto y Belchite, impidiendo que sus guarniciones pudieran escapar.

Quinto cayó primero. Belchite defendióse con más tenacidad. El jefe de sus defensores, Sanmartín, había huido; pero el que le reemplazó, Santapau, alentado por los radios de Zaragoza, que le prometían rápido socorro, y por la presencia y actividad de la aviación italoalemana, que bombardeaba nuestras columnas obstinadamente, aguardó el asalto y resistióse luego en la Catedral, el Ayuntamiento y algunos otros lugares. Hay que decir que pudimos tomar antes la ciudad, pero que no lo hicimos por razones de humanidad que los rebeldes no comprenderán de fijo. Había más de seis mil personas no combatientes en Belchite y quisimos salvarlas. Y las salvamos en una inmensa mayoría, vengando así, con tan noble proceder, a los cuatrocientos hombres y mujeres de izquierda fusilados allí por los fascistas, desde el 12 de julio del pasado año. ¿Qué mejor manera? La República no puede imitar la barbarie de sus enemigos. Se deshonraría si lo hiciese.

Los rebeldes acometían por Mediana, donde se peleó con furia. Nuestra línea se sostuvo brillantemente. La columna fascista no pudo avanzar. Y Belchite, privado de auxilio, sucumbió al fin. De los tres mil hombres que lo guarnecían sólo quedaban unos 600, que fueron hechos prisioneros y enviados a retaguardia. Y así terminaba, con una espléndida victoria, la fase primera de nuestra ofensiva de Aragón.

Más abajo, en el sector de Teruel, donde se alinea nuestro nuevo Ejército de Levante, se luchó con dureza y logramos apreciables ventajas tácticas. Y sobre todo conseguimos que no sólo no pudiese el adversario sacar fuerzas de dicha zona para llevarlas más al Norte, sino que le obligamos a enviar refuerzos considerables.

¿Cuáles son los planes del mando fascioso? Este no renuncia a completar su dominio del Norte y conserva, frente a los asturianos leales, numerosos elementos de guerra. Una de sus columnas avanza por el litoral y ha ocupado Llanes. Otras presionan por la zona montañosa oriental, en dirección a Cangas, y por el Sur. La situación de los bravos defensores de Asturias es muy crítica. Sus posiciones de los alrededores de Oviedo están gravemente amenazadas. Vese que el enemigo pone todo su conato en

ocupar Gijón y Avilés para cercarles en la zona minera. Desgraciadamente no se les puede auxiliar de un modo directo más que con algunos aviones. Son víctimas de la fatalidad geográfica a que debemos principalmente nuestras desdichas del Norte.

La No Intervención permitió que se les acosara con crueldad y éxito. Son héroes y mártires, y han aceptado su sombrío destino con una serenidad estoica digna de todas las admiraciones. El último acto del drama nórdico ha empezado ya. Y no nos equivocamos al decir que será de una grandesa shakespiriana.

* * *

En los frentes del Sur ha habido y hay operaciones interesantes. Fracasó la tentativa rebelde contra nuestras líneas extremeñas, comenzada muy espectacularmente, y, al parecer, por tropas numerosas. Respondimos presionando hacia Peñarroya en el sector de Posoblanco, donde obtuvimos ventajas de alguna consideración y realizamos luego varios contraataques. En la provincia de Granada hicimos demostraciones sobre Gájar-Sierra y Orgiva y luchamos con nutridos contingentes de moros y guardias civiles, a quienes apoyaba la aviación.

Hay que esperar en esta zona nuevas actividades bélicas. Tiene mucha importancia para nosotros y para el enemigo.

* * *

Supongamos que Rosso y Bastico, mentores estratégicos de Franco, creen que han resuelto ya el problema militar del Norte y que llega el momento de pensar en nuevos planes. Dispondrán, no hay que negarlo, de los elementos acumulados desde Navarra a Galicia. ¿Dónde los concentrarán? Ya sabemos que una parte de ellos ha sido dirigida hacia Aragón. ¿Para resistir? ¿Para atacar? ¿Y dónde irá el resto?

Hay varias versiones. La más acreditada es la que atribuye al adversario la intención de desdeñar provisionalmente los sectores centrales para dedicar todo su esfuerzo a una vasta maniobra.

¿Ilusiones? ¿Divagaciones? Es posible y probable. Pero los rebeldes están acuciados por sus imperiosos amos centroeuropeos, que les instan a acabar pronto y a evitar una segunda campaña de invierno. Si operan en Andalucía o Extremadura no podrán aspirar, aunque les sonría la fortuna, más que a triunfos parciales, de los que no deciden y que cualquier revés pueda transformar en desastre. Sólo el frente de Madrid

y el de Aragón ofrecen probabilidades de acciones decisivas. ¿Que en ellos tenemos nuestros mejores elementos de ataque y defensa? Si. Mas por eso piden a Hitler y a Mussolini más material y más hombres...

¿Los recibirán? Cuando aparezca este BOLETÍN se inaugurará la nueva reunión del Consejo de la Sociedad de las Naciones y la Conferencia del Mediterráneo. Rusia ha dirigido a Italia una nota digna y enérgica haciéndole responsable, con pruebas abrumadoras, del torpedeamiento de dos de sus navíos de comercio. El horizonte internacional aparece más cargado de nubes que nunca.

Llevamos un año de resistir a la coalición monstruosa del fascismo interior y de la intervención extranjera. Milagrosamente no fuimos vencidos. Sufrimos rudos golpes, pero pudimos parar a tiempo aquello que podían haber sido mortales. Y pese a todo, nuestro optimismo se afianza conforme se prolonga la lucha. Alzaremos nuestra voz en Ginebra para que los pueblos nos oigan y se avergüencen. Y redoblabremos nuestra energía sobre el suelo patrio. No tenemos opción. Como dijo Alvarez de Castro a los defensores de Gerona, nuestra sola línea de retirada es el cementerio. Hemos de vencer o hemos de morir. Y venceremos, porque los pueblos no mueren. Y si fuéramos vencidos, desaparecería España...



LAS MENTIRAS DE MUSSOLINI Y LA VERDAD DE ESPAÑA

El telegrama de Franco a Mussolini, en el que le daba cuenta de la toma de Santander, y la respuesta del «duce» son confesiones indudables de la invasión de España por las tropas italianas. Y si esto es así —y ellos mismos lo dicen—, ¿por qué lo negaron hasta ahora? ¿Para eso se escribieron miles de artículos y se pronunciaron miles de discursos y se cursaron decenas de notas diplomáticas que ratificaban la No Intervención?

¿En qué lugar quedan el famoso Comité de Londres, que «no veía» lo que estaba pasando, y la firma de Italia al pie del pacto no menos famoso y las negativas de los «nacionalistas» españoles... de nacimiento?

Si era verdad lo que nosotros afirmábamos, ¿por qué lo desmentían? Si era mentira, ¿por qué ahora afirman que es verdad?

De que era cierto no cupo nunca la menor duda. Ni en las cancillerías ni en la opinión mundial.

No hacía falta la reciente declaración, que no añade certidumbre, sino cinismo.

Queda un punto: ¿desde cuándo está Mussolini enviando gente a España? El sostuvo que con el mismo derecho que los voluntarios internacionales antifascistas venían a luchar a nuestro lado, podían venir los fascistas a ayudar a Franco. Pero para admitir este argumento de equiparación se necesitaban dos condiciones:

1.ª Que los fascistas llegados lo hicieran espontáneamente como los otros.

2.ª Que su llegada hubiese sido simultánea o posterior a la de los antifascistas.

Ninguna de esas condiciones se da en el caso que examinamos.

Sobre la «espontaneidad» bastaría recordar las declaraciones de los prisioneros. Todas coinciden en que unos vinieron a la fuerza —bajo amenaza de castigo por supuestos delitos políticos— y otros engañados, puesto que se les reclutó para trabajar en Abisinia.

Aparte de esto, esas tropas constituyen unidades orgánicas, mandadas por generales del ejército italiano, lo cual excluye la posibilidad del alistamiento voluntario, que puede escapar a la fiscalización del Gobierno. ¿Qué Gobierno de qué país no lo haría impedir la salida de divisiones enteras con el voluminoso material correspondiente?

A la vista tenemos un número de *La Sera*, de Milán, del 19 de agosto pasado. Publica la carta de un sargento aviador, natural de Varese, que pelea en España. He aquí un párrafo: «Hoy hemos celebrado el primer aniversario de nuestra expedición sin discursos y sin ceremonias. Nos hemos estrechado la mano en señal de una fe que no cambia y una vez más hemos volado sobre las posiciones del enemigo arrojando todos los explosivos que nuestros magníficos aparatos podían llevar. Un aniversario de guerra no podía ser celebrado de manera más digna.»

¡Un aniversario! En agosto, pues, de 1930, fecha en la que no se había visto un sólo «internacional» en España, existían ya fuerzas fascistas junto a Franco.

Sin embargo, Mussolini juraba en Londres lo contrario. Y siguió jurándolo muchos meses después.

¿Será posible que los pueblos democráticos imitan una vez más la «insuficiente» demostración de la infamia?

¿Será posible que después de confesar el autor —uno de los autores— del crimen se obsequen en no darlo por cometido?

Todo el juego de las potencias fascistas se basa en el chantaje: aceptan un compromiso y gracias a especiosos subterfugios no lo cumplen; aseguran con las palabras un propósito y evidencian con la conducta el contrario. Cuando ven indecisión, taconeán fuerte. Si encuentran resistencia, ceden «en aras de la paz»... para comprometerla al otro día, y mientras seguir explotando el anhelo universal de su mantenimiento a toda costa.

¡A toda costa! Menos, naturalmente, a costa de la paz misma. Que cada hora se

encuentra más cercada y respira con mayores dificultades. ¡La asfixia sería una original manera de conservar tan preciosa existencia!

Ninguna mano gigantesca puede sustituir nuestra perseverancia en la decisión heroica. Nosotros. ¡Nosotros!

Tres naciones y media no han podido con España. Cada vez estamos más preparados. No habrá quien nos venza.

Se trata de acelerar el final. Ellos aumentan sus enemigos. Los enemigos de nuestros enemigos resultan auxiliares nuestros.

Vamos a ver cómo España —la que creían presa fácil— les gana la partida. España. ¡España!

LA REPRODUCCION DE NUESTRAS INFORMACIONES

A los periódicos que contribuyen a la difusión de los originales de este Boletín, insertándolos en sus columnas, habremos de agradecerles para lo sucesivo que citen su procedencia. Estimamos en lo que vale la colaboración que nos prestan. El Boletín se redacta precisamente para que todos los ciudadanos puedan formarse, con noticias de absoluta garantía de veracidad, una idea cabal de la marcha de la guerra en todos sus aspectos. Difundir nuestras noticias y nuestros comentarios es hacer una obra plausible. Pero —lo repetimos— sería bueno completar el servicio haciendo constar que es nuestro Boletín el que suministra los originales. Y por ello les adelantamos las gracias.

Lo que sucedió entonces y sucederá siempre

El domingo 13 de septiembre las tropas facciosas al mando de Mola, considerablemente reforzadas, entraron en San Sebastián. Tres días antes les fué preciso vencer la heroica resistencia que nosotros les opusimos en el monte Jaizguibel, en Uldaburu y en Zaurdales, donde sufrieron pérdidas de tanta consideración que hubieron de reponerlas a toda marcha llevando a Guipúzcoa grandes contingentes de requetés navarros y toda la caballería mora que a las órdenes de Varela escaramuceaba a la sazón por tierras de Andalucía.

En uno de esos combates fué herido, y murió a poco en un hospital de sangre, el jefe de la columna de vanguardia de Mola, coronel Beorlegui, militar representativo de los soldados de casta, sanguinario, impulsivo, poco letrado, con largo historial de ferocidades en Marruecos durante el mando de banderas del Tercio y al que Fermín Galán tuvo preso en Jaca en aquel glorioso diciembre precursor del advenimiento de la República, concediéndole generosamente una vida que luego se había de aplicar a las conspiraciones criminales contra la Libertad y contra el Pueblo.

La toma de San Sebastián levantó considerablemente la decaída moral de los traidores; pero no abatió la nuestra. Teníamos ya plena conciencia de que ésa y otras adversidades semejantes habían de sobrevenirnos en tanto se consolidaba nuestra embrionaria organización militar, y a sus gritos de triunfo, a sus campañas injuriosas —¡siempre sus campañas injuriosas!—, a sus bravatas y a sus amenazas respondimos con nuestra serena actitud, con nuestros veraces comentarios y, sobre todo, con la repetición, en tono firme, de la consigna de luchar hasta el fin sin contar nuestros muertos y sin ahorrar dolor ni sacrificio.

Cualquiera que coteje a la luz de las perspectivas del tiempo transcurrido lo que dijeron ellos y lo que dijimos nosotros de aquel acontecimiento previsible y previsto, apreciará cuán distintos han sido siempre los modos de los unos y de los otros y cómo al lenguaje de la verdad, que por limpieza de intenciones y de conductas florece desde el primer día en nuestras referencias oficiales, se oponen sistemáticamente el engaño, la perversidad y la vileza.

Más de dos terceras partes de la población civil de San Sebastián evacuaron la capital voluntariamente cuando sintieron que se aproximaban las partidas de moros, falangistas y requetés, ebrias de sangre y de apetitos de venganza por la resistencia que se opuso a sus avances. Y era natural el terror de aquellas pobres gentes y natural su éxodo a Bilbao, porque desde hacía varias semanas veían llegar a la ciudad, en dolorosas caravanas, a los pacíficos vecinos de los pueblos de la contornada, al hombro sus míseros hatillos, y por ellos supieron de la ferocidad y del ensañamiento de los invasores en relatos dantescos de lo acontecido donde clavaba su garra de bestia apocalíptica. Creyeron encontrar en San Sebastián miles y miles de ciudadanos tremolando banderas bicolors e hincando la rodilla ante Mola, el fatídico, y al adentrarse por las bellas avenidas donostiaras, y al encontrarlas solitarias, y sin otras huellas de destrucción que las que ellos mismos produjeron con sus bestiales sistemáticos bombardeos aéreos, marítimos y terrestres, mancharon planas enteras de sus periódicos con la baba de su despecho, atribui-

yendo a imposiciones sangrientas de «los rojos» aquella soledad en que se encontraban.

«Nuestros soldados han sido recibidos —decía el comunicado oficioso lanzado en aquella fecha por la Oficina de Prensa y Propaganda de Burgos a todos los periódicos nacionales y extranjeros obedientes a sus conminaciones—, nuestros soldados han sido recibidos por la escasa población con enorme júbilo. Sólo queda una, tercera parte de los vecinos de San Sebastián. Los restantes han huido, empujados por el terror que les han impuesto las hordas marxistas, anunciando, al marcharse, que las mujeres y los niños serían degollados por los moros y los hombres fusilados. También anunciaron los rojos que volarían la ciudad con dinamita al huir.»

Salta a la vista la flagrante contradicción entre estas desvergonzadas declaraciones y la realidad incontrovertible de los acontecimientos. Ni se voló San Sebastián con dinamita antes de ser abandonada con perfecto orden ni se empujó con las puntas de las bayonetas a quienes prefirieron correr en la capital los riesgos de verla ocupada por los mercenarios franquistas —¡bien caro lo pagaron algunos centenares!— a los sinsabores de la evacuación y de un destierro más o menos largo. Lo que sucedía entonces, y lo que sucede ahora, y lo que sucederá siempre es que a fuerza de mentiras no se puede formar una conciencia, y que los habitantes de San Sebastián sabían muy bien sabido que la ferocidad, el desprecio a la vida y a la hacienda, el menosprecio al sexo y a la infancia, la alegría de matar, son estigmas morbosos de la locura fascistoide y que «los rojos» no practican, tal vez porque no tienen enroliados en sus legiones proletarias a obispos guerrreadores de tipo medioeval ni a banqueros que amasaron millones pisando cuerpos que agotó el trabajo e invalidó la anemia y la tuberculosis...

El éxito de San Sebastián fué aprovechado por el enemigo para galvanizar las fuerzas que acumulaban en otros sectores —singularmente en el de Talavera— y que andaban remisas, pese a la enorme superioridad de sus efectivos y de su material, para avanzar sobre sus frentes. Nosotros los teníamos en jaque con pequeñas columnas que ocupaban extensos frentes y nos batíamos con suerte varia, atentos más que a una victoria fulminante, que se sabía entonces imposible, a que el Gobierno y la retaguardia tuvieran tiempo y holgura para levantar sobre los escombros que eran la España destrozada por la sublevación militar los cimientos de esta España que hoy, 10 de septiembre de 1937, hablará de nuevo ante la Sociedad de las Naciones —¡España, madre de naciones!— en defensa de la libertad y de la democracia de todos los países del mundo.

Por generosidad, por humanitarismo, por repugnancia a verter en la guerra más sangre que la absolutamente indispensable, nos abstuvimos de liquidar de un solo mazazo —y es notorio que pudimos hacerlo— el episodio del Alcázar de Toledo. De esta generosidad nuestra han hecho ellos la plataforma para una leyenda de heroísmos. Hágales buena pro. Señal segura de que les hacen falta semejantes leyendas para tenerse en pie.

Nuestro heroísmo es más callado, y casi siempre, anónimo. Consiste muchas veces en frenar el coraje y en apretar los puños para no descargarlos sobre cabezas irresponsables ni sobre seres inocentes. Consiste —y ahí están humeantes los focos rebeldes, de Belchite— en sacrificar la propia vida para poner en salvo la de niños y mujeres esclavizados por las tropas fascistas.

Lo contrario precisamente de lo que ellos dijeron de San Sebastián... y de lo que hacen por donde pasan con alemanes e italianos, a los que nada les importan los esforzados españoles.

España, sin embargo, les importa.

¿UNA RECONSTRUCCION DE LA NO INTERVENCION?

No es exagerado definir el momento actual de Europa como pleno de gravedad y propicio a cada instante a la explosión bélica. El principio de «la paz es indivisible», mantenido y defendido desde hace largo tiempo por la Unión Soviética en todos los organismos internacionales y en la Sociedad de las Naciones se ha revelado como una verdad incuestionable a punto de mostrar su acierto en el desarrollo de las relaciones europeas. Y el fenómeno que ha evidenciado este suceso incontrovertible es la guerra española. A medida que el pueblo español ha sabido oponer a los facciosos y a los invasores una fuerza indomeñable, se ha ido intensificando la invasión hasta tocar en la arena peligrosísima de las relaciones internacionales. España no constituye pura y simplemente un objetivo militar para el fascismo, sino que es la antorcha que en todo momento puede incendiar a Europa. Refiriéndonos concretamente al equilibrio mediterráneo, encontraremos reflejado fielmente este estado universal de la lucha española. El bloqueo marítimo de España intentado por Italia es un magnífico procedimiento para ensayar operaciones de hegemonía mediterránea con intenciones de extraer experiencias para un próximo futuro. De aquí que los submarinos «fantasmas» lleven lejos de las aguas jurisdiccionales españolas sus prácticas de corsario, que no son sino una repetición de 1914. Lo interesante para nosotros es descubrir lo que puede haber de nuevo en la situación presente, y especialmente en lo que se refiere a la política exterior de las democracias.

Desde la caída de Santander Francia siente los aldabonazos de los Estados totalitarios sobre sus propias puertas. El establecimiento de los italianos en Santander y Bilbao y sus actividades en el Mediterráneo, han hecho ver al Estado Mayor francés la gravedad militar que para el país vecino supone esta posición estratégica de Italia. Como consecuencia de ello, el Estado Mayor ha informado al Gobierno de París de la gravedad de la situación y de la necesidad de que se ponga rápido remedio a la ofensiva fascista. Los resultados no se han dejado esperar: el Gabinete Chautemps se ha apresurado a transmitir al Gobierno de Londres la impresión que de la situación actual fuera informado y ha iniciado paralelamente conversaciones con Inglaterra para una acción conjunta que pusiera un dique a la marcha del eje Roma-Berlín. De otro lado, el Gabinete francés se muestra desde hace algún tiempo más propicio a atender los requerimientos del Gobierno legítimo de España.

Inglaterra no ha podido permanecer enteramente al margen o a la expectativa de la situación actual creada por los corsarios fascistas del Mediterráneo, por cuanto su propia flota mercante y de guerra ha sufrido las agresiones sin que el pabellón británico haya sido capaz de impedirlos. De pronto las vías marítimas del Imperio británico al Oriente se encuentran interceptadas violentamente por las maniobras de gran volumen de Roma, como continuación indudable de las realizadas en las costas de Sicilia. La guerra está, pues, al orden del día. En cualquier

momento, puede estallar el incendio. La política británica tiene plena conciencia de ello, aun cuando su táctica exterior no responda enteramente al peligro que se cierne sobre el mundo.

Se está dibujando en estos días la dirección que se le va a dar a una conferencia de las potencias mediterráneas para soslayar el peligro bélico que intentan esparcir por Europa los estados fascistas. La citada conferencia se reunirá probablemente el día 10 del presente mes. A ella están invitadas Alemania e Italia. La iniciativa de esta invitación parte, naturalmente, de Londres. Tal invitación y la impresión de los círculos diplomáticos británicos dicen hasta qué punto está dispuesta la Gran Bretaña a llegar por este camino. El hecho de la participación de Roma y Berlín en la conferencia mediterránea nos hace sospechar que de lo que se trata es de reconstruir el sistema de No Intervención sobre nuevas bases. El Gobierno de Londres parece que limita su acción política a salvar una vez más los intereses británicos y a aplazar, por no sabemos cuánto tiempo, la explosión violenta de las relaciones económicas y políticas europeas. Mr. Eden sigue aferrado a la localización de la guerra por consejo, naturalmente, de las clases conservadoras, de las cuales no es sino un mandatario.

La conferencia de las potencias mediterráneas se desarrollará, pues, dentro del cauce estrecho e inoperante de la política británica. Por lo menos esta es la intención inglesa. Es claro que la actitud francesa influirá en la trayectoria de la conferencia; pero no sabemos todavía hasta qué extremo pensará Francia llevar su criterio actual. Lo que sí sabemos es que es muy posible que en esta conferencia participe la Unión Soviética, y por tanto estamos seguros de que al menos no podrá

prosperar en ella ninguna maniobra que pueda perjudicar ni de cerca ni de lejos a los intereses del pueblo español. El criterio soviético viene patentizándose estos días a través de los comentarios de la prensa y de las manifestaciones tajantes del pueblo socialista.

El título, pues, de este artículo responde a toda una serie de datos que nos ofrece la diplomacia inglesa e incluso francesa. Parece ser que se invita a Alemania y a todos los demás gobiernos que preponderantemente se han producido en el Comité de No Intervención con la vista puesta a hallar nuevas bases sobre las cuales continuar las conversaciones de la No Ingerencia. Y esto se hace porque se piensa que la Sociedad de las Naciones no podrá atacar el problema español en sus raíces, es decir, no podrá examinar y definir si existe o no agresión, para evitar que se plantee el caso difícil de aplicar las sanciones al agresor. No se puede olvidar que la intervención de la Sociedad de las Naciones no puede desenvolverse fuera de los cauces de sus principios en un caso tan grave como el que estamos analizando. Y ello representa hacer jugar no ya el artículo diez, definición de la agresión, sino lo que es más arduo: poner en ejecución lo que preceptúa el artículo dieciséis, las sanciones.

En tanto no se dispongan los gobiernos demócratas de Occidente a marchar por el camino recto de la defensa de la paz, de la defensa de la democracia, no es posible esperar de la Sociedad de las Naciones una consecuencia política con los principios que la informan. El hecho español no es el único ejemplo ni pasado ni presente. La invasión que el pueblo chino está sufriendo por parte del imperialismo japonés nos ofrece un elocuente ejemplo más de lo que puede la

Sociedad de las Naciones, cuando las potencias que la arbitran no están en disposición de edificar su política exterior sobre cimientos firmes de paz. La conferencia de las potencias mediterráneas, puede dar motivo a que la reunión de Ginebra se desembarace de la cuestión principal para ocuparse de lo secundario. Si Alemania es invitada a la conferencia se debe a su calidad de miembro del Control. Por el contrario, el Gobierno legítimo de España aun no ha recibido la sugerencia de su asistencia. ¿A qué puede atribuirse ese criterio? A que se quiere continuar con el sistema de No Intervención bajo un nuevo disfraz.

La cuestión esencial de la hora reside en la efervescencia *in crescendo* de los pueblos, y especialmente del francés e inglés. Los últimos sucesos han conmovido profundamente la opinión democrática mundial en mayor profundidad y extensión que suceso alguno de los últimos tiempos. La política internacional de paz estriba en recoger el proceso de radicalización de los pueblos para oponer una fuerza seria y homogénea, no en su composición, sino en su dirección, que presione sobre los gobiernos y la Sociedad de las Naciones en plena actividad y los conduzca hacia la práctica de una política intransigente de paz, de defensa de los derechos del pueblo español.



Sobre la estupidez y la barbarie, la blasfemia

Los rebeldes indígenas y sus valedores en el extranjero —que en todas partes hay gentes para todo— nos tienen aporreados los oídos con la monserga: «La guerra de invasión, de matanza encarnizada de españoles, de destrucción de ciudades, de bombardeo de poblaciones alejadas de la línea de fuego, es una guerra emprendida en defensa de la tradición y de la religión. Una verdadera guerra santa.» ¿Sí? Pero, ¿de qué tradición y, sobre todo, de qué religión y santidad?, ocurre preguntar. De la tradición y de la religión paganas, imperialistas, bárbaras, sobre un cimiento norteafricano. De cualquier cosa menos de la tradición y la religión cristianas. La tradición, si acaso, del Señor de los Ejércitos, del Jehová Sabaoth, que el último káiser incorporaba desenfadadamente a su Estado Mayor —*Gott mit uns!*—, y al que Mussolini concedería, a lo sumo, la categoría de caporal de «camisas negras». La tradición del Dios exterminador, al que se ofrece una misa cantada «para impedir» de él «la desaparición total del marxismo» (tomamos el hecho del *Diario de Cádiz* de 13 de junio último), mientras se le ofrecen, como holocaustos propiciatorios, fusilamientos no ya de combatientes enemigos, sino de sacerdotes católicos. Verdad es que aclarando a *posteriori* no se fusilaba en ellos a los sacerdotes, sino a los separatistas. ¡Terrible casuística!

Religión de frenéticos, que hace pensar en los «aïssauas» marroquíes. No en balde estamos asistiendo a una penetración (desquite de la «pacífica» nuestra de antaño) de la morisma en las tierras de España, sojuzgadas por los facciosos y sus amos y cómplices. Los periódicos falangistas han reiterado su profesión de fe: «No queremos

para nuestro catolicismo frigidéz, tolerancia, política social, metodismos y bajas intenciones. Queremos santidad completa, grande y alegre santidad, y nuestra vieja fe intransigente y fanática.» A lo que hay que salir al paso. La vieja fe «intransigente y fanática», la del trágico Santo Oficio, era eso, era cruel; pero ni esa fe ni quienes la sustentaban eran estúpidos. Y toda esa banda de generales, escribas, histriones, lacayos y obispos adolece fundamentalmente de eso, de estupidez; pero de estupidez patológica.

Ellos son los que han querido resucitar el castizo grito cabileño del «¡Santiago y cierra España!», convirtiendo al apóstol —que fué villano y de a pie, no caballero, y predicador de la fe y no matachín— en atildado alumno de escuela de Equitación, quitándole, eso sí, de entre los cascos de la blanca montura las tradicionales piñas de cabezas moras para no herir comprensibles susceptibilidades de los aliados en la «defensa de la civilización occidental, cristiana». Cuando no se ha hecho más, escalando resueltamente las cumbres de lo grotesco. Así ese telegrama de Kindelán al jefe de la aviación «legionaria», telegrama publicado en la prensa italiana, y en el que se habla de que «Santiago ha trocado su caballo por el avión de combate». Formando en las escuadrillas de «Fiat» y «Caproni», claro es. ¡Santiago bombardeando la iglesia madrileña de San Sebastián, por ejemplo!

Pero de lo grotesco, en este terreno, se puede saltar fácilmente a lo blasfemo. Y el microfónico «Rey Chico» de Sevilla no ha vacilado en dar el salto. Algún periodista francés, venal y sedicente católico —de los del catolicismo por razón no ya de

Estado, sino de partido— ha recogido la historieta, según parece, de labios del propio Queipo. Este, al estallar la sublevación castrense fascista se encuentra en su despacho, en Sevilla, hecho un verdadero taco. De pronto se abre la puerta de la habitación. Entra sin pedir venia una mujer enlutada con un pañuelo a la cabeza y los pies manchados de barro. Trae en la mano un papel. «Eso que estás pensando saldrá bien —dice a quemarropa al general—. Toma este papel y sigue las instrucciones que en él van escritas.» Después de lo cual abandona el despacho tan impensada y rápidamente como entró. En el papel vienen unas señas: las de determinada casa en la que están reunidos los dirigentes izquierdistas de Sevilla. Vacila el general. Por fin se decide. Va, con buen golpe de gente, a la casa en cuestión. Magnífica la redada. Buena presa para los piquetes de ejecución. Cuando ya tiene Sevilla por suya, días más tarde el general pasa, con algunos de sus ayudantes, por delante de una iglesia. El general es un «caballero español y cristiano». «Entremos un momento a rezar», invita a sus acompañantes, no menos caballeros, no menos españoles, no menos cristianos que él. Y entran en el templo. Se acercan al altar mayor. Uno de los ayudantes rompe en batimanes de asombro: «¡Fíjese, mi general!... —balbucea cuando por fin atina a juntar las palabras—, ¡esa imagen!... ¡es la misma mujer de luto que entró en su despacho el otro día!» Se llegan aun más al altar. La imagen de la Virgen —descubren entonces— ¡tiene los pies manchados de barro!

En el campo faccioso hay personas profunda, sinceramente religiosas. Nos imaginamos el bochorno, la indignación que habrán sentido ante esta sacrilega bufonada. ¡La Virgen, consoladora de afligidos, amparo de perseguidos, hecha delatora, confidente de «la Secreta»! No cabe ir más lejos en el camino de la profanación,

de la insensibilidad, de la depravación de todo sentido y sentimiento religiosos. Ignoramos si el milagro (?) se hará de enseñanza obligatoria en las escuelas, como se ha hecho obligatorio que figure en ellas la fotografía de Franco elegida por la Delegación del Estado —del «nuevo Estado», no se olvide— para Prensa y Propaganda. Nada de extraño tendría. Pero los católicos auténticos y cuantos sin serlo sientan el decoro y el respeto del espíritu humano harán fervientes votos, en el fondo de su corazón, por un pronto desentontecimiento de la España facciosa.

En la que, por lo demás, los milagros tienen su límite. Nuestros lectores recordarán acaso las apariciones de la Virgen de Ezquioga, que hace seis años convirtieron por algún tiempo en California milagrosa un rincón aldeano de Guipúzcoa. Las apariciones de la Virgen a unos aldeanos produjeron considerable revuelo, que no dejaron de querer utilizar contra la República ciertos elementos a ella hostiles. No faltó, sin embargo, algún obispo que manifestara cautelosamente sus recelos. Había que andarse con tiento en cuestión de apariciones, actitud y doctrina por lo demás ortodoxas y tradicionales dentro de la iglesia. La Virgen dejó de aparecerse. Y ahora, cuando Vasconia está, gracias a los cultores de la diosa Roma, en poder de los «defensores de la tradición y la religión católicas», vuelve a hacer acto de presencia la misma Virgen, y ante los mismos favorecidos por sus anteriores apariciones. ¿Para prestar un nuevo y decidido apoyo a la causa facciosa? No. Para revelar, sencillamente, a sus buenos fieles, que «el triunfo será del Gobierno republicano». ¡Y entonces sí que hubo revuelo! Menos mal que siempre es una suerte —sobre todo en la España de Franco— «estar bien relacionado». A su relación con la Santa Señora debieron los aldeanos de Ezquioga, sin duda, no haber sido fusilados. Pero de lo que no ha habido protección que les li-

brase es de ir a la cárcel. En la de Ondarreta, de San Sebastián, se encuentran, cargados de rosarios y de candor beatífico, recibiendo en éxtasis las visitas de su divina comunicante, que no parece desdecirse de sus profecías.

Pero este no es un milagro para la exportación como el otro; no es un milagro del que se faciliten versiones para el extranjero, pagando su traducción y difusión. Es, por el contrario, un milagro con cierto tufillo a azufre, milagro en cuyo esclarecimiento habrá de intervenir la «vieja fe intransigente y fanática»... y africana. No mediará la Inquisición, sino el sucedáneo de la misma en la España facciosa. ¡Decadencia de las instituciones: de la Santa Inquisición, a la Gestapo! No es posible caer más bajo, ciertamente.

Menos mal que ahí están los organizadores del «nuevo Estado» dispuestos a «estructurar» todos los organismos que sea menester y algunos más por si acaso. Bien pudieran agregar uno nuevo a la Delegación para Prensa y Propaganda. Celosos defensores de la moral pública han pedido ya a las autoridades facciosas que se implante una censura para las modas femeninas. ¿Por qué no, en negocios de más trascendencia, una oficina encargada de

montar milagros para la propaganda *in partibus... fidelium* con su consiguiente sección de censura para la taumaturgia sospechosa?...

Decían los antiguos que aquel a quien los dioses quieren perder lo entontecen. Pero entontecer a un pueblo entero, enraecer así hasta la asfixia su inteligencia, su sensibilidad, no puede ser justicia de dioses, sino crimen de vezánicos. Aunque en la cuadrilla, al lado de los espadones, entren las mitras.

¡Pobre España en sus manos! De esa España, de España entera, lo que el pueblo y su Gobierno legítimo defienden no es sólo la integridad territorial, la independencia política. Defendemos, dicho de una vez, la salud mental, los valores morales e intelectuales de un pueblo, y con ello, la dignidad del espíritu, la dignidad del hombre. Fuera de nuestro suelo hay ya quien va convenciéndose de ello en esferas de opinión cada vez más amplias. Del otro lado de nuestras líneas de combate, en la retaguardia mártir de los rebeldes, la oleada de estupidez y de barbarie sube cada vez más alto. Los ojos desapasionados hasta los cuales llega su espectáculo sienten el rubor de la especie...



DIEZ DIAS...

EN LA ZONA FACCIOSA

El gobernador civil de Huelva se lamenta en una nota de que en los pueblos donde hay acantonadas fuerzas del ejército los comerciantes e industriales se aprovechan para cobrar precios extraordinariamente abusivos.

★

La misma autoridad, en la nota publicada ya en que se lamenta de la inasistencia del pueblo onubense en el homenaje a la bandera, dice que lo ocurrido fué particularmente desagradable «por hallarse presente una representación de la «gloriosa» marina italiana». «Ello quiere decir —añade— que los padres, las esposas, los hijos de nuestros heroicos combatientes son insensibles no sólo al dolor nacional, sino al propio dolor que debe lacerar sus entrañas. La ausencia de mis convecinos a este acto hace sangrar de pesadumbre mi corazón» —agrega—. Termina diciendo que serán castigados severamente «los que no tienen derecho a llamarse españoles y sólo merecen el desprecio y el castigo que su infamia puede y debe acarrearles».

★

El *Frankfurter Zeitung* publica una información de su corresponsal en Salamanca, según la cual la Junta de Burgos tendrá que abandonar su carácter provisional, que adoptó cuando esperaban entrar en Madrid en plazo breve, y habrá de formarse un verdadero Gobierno, con sus correspondientes ministerios, para colocar a militares y civiles en los lugares correspondientes. Este Gobierno es necesario —añade— porque hay quien teme una dictadura, y solamente un Gobierno podría ofrecer al Poder una base regular. Se barajan los siguientes

nombres para formarlo: Jordana, Martínez Anido, Guadalhorce y Yanguas Mesía, que formaron parte de la dictadura de Primo de Rivera. Todos ellos se consideran técnicos. La única excepción sería Chapa-prieta, cuyo nombre se da como seguro, que cayó en desgracia por la oposición de-rechista contra sus reformas financieras. Se afirma que Franco no favorecerá a Falange ni a los tradicionalistas, porque estima que los jóvenes miembros de estas organizaciones carecen aún de la necesaria competencia, y los «viejos» son demasiado conservadores y no han perdido aún la manía de las intrigas. Los militares permanecerían en Salamanca, pero la sede del Gobierno sería Sevilla.

★

Debido a un acto de sabotaje se declaró un fuerte incendio en una fábrica de productos de corcho de Algeciras.

★

Franco entrega los prisioneros italianos a Mussolini. Recientemente ha enviado a dos que combatían en nuestras filas. Ambos han sido inmediatamente ejecutados en Italia. El hecho ha producido en Francia profunda impresión.

★

Zaragoza, que ya ha pedido ser la «capital» de España, solicita ahora que el Tribunal Supremo resida allí.

★

El comandante militar de Santiago anuncia que desde ahora serán vigiladas

las comunicaciones telefónicas, por existir individuos que se dedican a molestar a «personas y entidades dignísimas» de la población.

★

Los periódicos facciosos publican una nota anunciando que todos los cadetes españoles que deseen visitar Alemania deben solicitarlo mediante instancia.

★

La prensa parisiense recoge alarmantes noticias sobre la suerte que van a correr las personas civiles y militares encarceladas por Franco en Santander. Pregunta si su fin ha de ser idéntico al de los asesinados en Badajoz y Málaga. El silencio que guardan las autoridades fascistas hace temerlo así.

★

La Gassetta del Popolo del día 25 de agosto publica una información sobre los pueblos de la región norteña conquistados por los italianos: «La charanga en la plaza —dice— toca los himnos. El último es *Giovinezza*, en homenaje a los italianos QUE HAN CONQUISTADO LA PROVINCIA. ESCUCHAN TODOS CON EL BRAZO RIGIDAMENTE LEVANTADO: OFICIALES, SOLDADOS, HOMBRER DEL PUEBLO, MUJERES... EL «¡VIVA EL DUCE!» ESTALLA AL FINAL COMO UN CAÑONAZO, COMO EN CUALQUIER PLAZA DE ITALIA.»

★

Jordana, flamante presidente de la Junta de Burgos, ha dicho, intentando paliar el mal efecto causado por el fracaso rotundo de la disposición facciosa sobre divisas extranjeras: Este decreto no ha sido bien interpretado por algunos patriotas. La prueba está en que no lo han cumplido algunos españoles que tienen misiones

en el extranjero. Ahora cuando se dicte una disposición aclaratoria declararán las divisas sobrantes. Se darán facilidades a los morosos y se impondrán sanciones a los contraventores, pues con nuestros servicios confidenciales llegaremos a saber quiénes mantienen sus divisas en el extranjero mientras aquí se derrama tanta sangre. No podemos respaldar cómodas y dudosas conductas.»

★

La Junta de Burgos ha dispuesto la disolución de los cuerpos de Miqueletes y Mifiones a causa de su participación directa contra el movimiento fascista.

★

Por no saludar «a la romana» cuando se interpretaba la *Marcha Real* han sido encarcelados varios vecinos de La Coruña.

★

El sabio inglés Sir Peter Chalmer, Mitchell, que recientemente salió de Málaga, ha confirmado la abyección de los «franquistas». El mismo jefe fascista a quien escondió durante nuestra dominación en la ciudad, intentó asesinarle cuando ésta cayó en poder de los italianos y moros, salvándole la vida la inmediata intervención del cónsul inglés.

★

Franco ha sido nombrado doctor *honoris causa* de la Universidad de Valladolid.

★

Parece que Lerroux, que continúa residiendo en Lisboa, se encuentra en la mayor miseria, habiendo sido desahuciado por falta de pago.

A Ñ O I

10 SEPTIEMBRE 1937

NUM. 10